

PROSPECTOS DE REESTRUCTURACIÓN ECONÓMICA Y POLÍTICA EN MÉXICO

Michael Coppedge

Una buena manera de apreciar las dificultades que entraña la total liberalización política de México es enumerar las condiciones necesarias para lograr ese resultado, y posteriormente evaluar las posibilidades de que se produzcan, tomando en consideración las circunstancias económicas contemporáneas y los motivos, intereses e influencia de los actores más relevantes.

Existen dos escenarios generales para la democratización mexicana:

Dentro del primero, el presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, conduce al Partido Revolucionario Institucional (PRI) a ceder voluntariamente el poder a un candidato popular de la oposición.

En el segundo, Salinas moderniza al PRI convirtiéndolo en un verdadero partido político con suficiente popularidad legítima para ganar las elecciones, sin abusar de su control sobre el Estado ni valerse del fraude electoral.

Cuauhtémoc Cárdenas, líder del opositor Partido de la Revolución Democrática (PRD), hace campaña en favor de la entrega voluntaria, y Salinas promete la modernización del PRI.

Vistos de cerca, sin embargo, cada uno de estos escenarios depende de una combinación poco factible de condiciones improbables.

Lo más seguro será que la liberalización política mexicana permanezca estancada cuando menos hasta después de las elecciones presidenciales de 1994.

Entrega voluntaria

El primer escenario sería posible únicamente si se reunieran cuatro condiciones: 1) que Salinas mismo *desea* sinceramente una verdadera apertura política; 2) que la deseara aun si ello significara que su partido perdiera el poder; 3) que la maquinaria del PRI estuviera de acuerdo en respetar el compromiso de Salinas de llevar a cabo elecciones limpias, y 4) que surgiera un candidato de oposición que pudiera ganar una elección limpia. ¿Pero qué tan realistas son estas condiciones?

1) ¿Acaso desea Salinas que México se convierta en una verdadera democracia? En otros términos, ¿desea crear un sistema político en que se decida limpiamente quién gobierna? Sin duda sus antecedentes sobre el particular son mixtos.

A juzgar por sus acciones y las de la maquinaria del PRI, ha habido poco progreso. El fraude se ha utilizado en todas las elecciones estatales y federales desde 1988; en 1990 se modificó la ley electoral para incluir una "cláusula de gobernabilidad" que garantiza virtualmente una mayoría priísta en la Cámara de Diputados. Además, los reemplazos de los antiguos líderes *charros* de los principales sindicatos han resultado tan corruptos y autoritarios como sus predecesores, sólo que ahora son leales a Salinas.

Sin embargo, cada vez es más evidente que no se puede responsabilizar a Salinas por todo lo que el PRI hace, debido a las consabidas tensiones que existen entre la facción tecnócrata de Salinas y los *dinosaurios* de la vieja guardia.

Por otra parte, existen otros signos de comportamiento en favor de la democracia que no pueden explicarse, excepto en términos del deseo de Salinas de alcanzar la democracia política. A pesar del eterno fraude, Salinas ha dejado más puestos libres en el Senado para la oposición, y permitió que un panista llegara a la gubernatura de Baja California: el primer gobernador opositor.

Se rumora que en julio de 1988 Salinas hizo un trato con la vieja guardia para que le permitieran ganar las elecciones con "sólo" el 50.7 por ciento de los votos.

Asimismo, Carlos Salinas se ha ganado enemistades dentro de su partido al utilizar la retórica de la reforma política, y presionar a los dirigentes partidistas estatales y locales para que postulen a candidatos atractivos y competentes, y aprendan a ganarse la aprobación de los electores por medios legítimos. Si Salinas no deseara una verdadera democracia estas maniobras resultarían misticamente autodestructivas.

Aunque sus acciones antidemocráticas son incongruentes con los ideales de un demócrata comprometido, ambos esfuerzos son consistentes con una política dirigida a lograr eventualmente un régimen democrático, aunque no por el momento.

2) A manera de argumento, sin embargo, como a fin de cuentas es imposible conocer las verdaderas intenciones de Carlos Salinas, supongamos que le interesara democratizar al país *ahora*.

Es aquí donde el primer escenario se bifurca hacia un segundo, dependiendo de si el PRI pudiera ganar las elecciones de manera honesta. Por el momento debemos quedarnos con el primer escenario y suponer que esto no es posible.

En tal caso, existe una segunda condición para el éxito de la apertura democrática: que Salinas esté dispuesto a reconocer una derrota electoral del PRI, y a ceder el poder a un candidato de la oposición.

Esta condición es poco realista y sólo resultaría factible si uno creyera en la retórica de Salinas y pasara por alto sus acciones de los últimos tres años. Nada lo mueve para sacrificar al PRI en nombre de la democracia: debe su poder al partido, como lo descubrió en 1988 cuando intentó, en una primera instancia, realizar su campaña sin el apoyo logístico priísta.

Si tiene buen éxito en la modernización del partido salvaría cuando menos a algunos priístas a costa de otros, mientras que rendirse a la oposición sería perderlos a todos. Sólo un idealista extremo intentaría tal cosa, y después de haber escalado las filas de la burocracia mexicana Salinas no cae dentro de esta categoría.

Por otra parte, en el único ámbito en que a Salinas podría calificársele de idealista, el de la reforma económica, es casi seguro que se vería afectado si el equipo salinista perdiera el poder.

Algunos creen que Cárdenas conduciría nuevamente a México hacia las políticas económicas de Luis Echeverría o de Lázaro Cárdenas. Otros creen, de manera más realista en mi opinión, que Cárdenas sólo introduciría cambios marginales al programa económico actual, especialmente si la economía estuviera respondiendo favorablemente a las reformas de Salinas cuando el poder cambiara de manos.

Ya sea que el triunfo le corresponda a un Cárdenas pragmático o a un panista liberal acérrimo, nadie cree que cualquier otro grupo pudiera *manejar* la po-lítica económica de manera tan competente como lo han hecho Salinas y su equipo. La casi certeza de una disminución en la confianza y la pérdida de impulso en la liberalización económica se suman a la negativa de Salinas de rendir el poder.

3) Incluso si Salinas estuviera dispuesto a que el PRI abandonara el poder, sus buenas intenciones se verían frustradas a menos que el PRI estuviera dispuesto a *seguirlo* en su derrota, posibilidad aún más remota que la rendición de Salinas. No hay indicios de que la maquinaria del partido esté dispuesta a hacer tal cosa; por el contrario, se han opuesto de manera infalible a los intentos modernizadores de Salinas. La única forma en que los activistas del PRI permitirían la pérdida de poder sería la posibilidad de cambiarse a otro partido que tuviera mayores probabilidades de ganar las elecciones.

4) Si alguien tuvo alguna vez oportunidad de derrotar a un candidato del PRI en las elecciones presidenciales ése fue Cuauhtémoc Cárdenas.

La plataforma del Partido Acción Nacional (PAN) no difiere de la del PRI y no tiene un candidato carismático que poner al frente, en especial desde la trágica muerte de Manuel J. Clouthier.

Jamás sabremos si Cárdenas fue el verdadero vencedor en julio de 1988, pero la votación se acercó más al **31.1** por ciento que al recuento oficial del 50.7 por ciento. Lo que importa ahora es si Cárdenas tendrá igual o mejor oportunidad en 1994.

Hay quienes creen que aprovechará bien los seis años con que habrá contado para hacer campaña y organizarse entre 1988 y 1994, y el hecho de que mucha gente espera que tenga mejor oportunidad en la segunda vuelta.

Muchos de sus admiradores no votaron por él por creer que no tenía ninguna oportunidad; pero ahora que todos lo consideran un contendiente serio, atraerá a un mayor número de seguidores. Este factor resulta especialmente importante para los miembros del PRI que están contemplando la deserción, ya que tuvieron y tendrán más que perder.

Una consideración más sobria sugiere, sin embargo, que Cárdenas tendrá menos oportunidad en 1994 de la que tuvo en 1988. Es verdad que ya tuvo tiempo de hacer campaña, pero ésta ha servido tanto para hacer públicas las disputas internas del PRD y promover la crítica sobre su estilo autoritario de lide-razgo, como para atraer a potenciales simpatizantes.

Cárdenas ha perdido también la ventaja programática que tuvo hace tres años: en 1988 ofrecía una opción ante la crisis económica galopante; pero ahora que la economía está empezando a dar un giro, ¡ría en contra de los programas que están dando resultado y que han convertido a Salinas en un presidente popular.

Finalmente, en 1994 será más difícil contar con el apoyo subrepticio que obtuvo Cárdenas de grupos descontentos del PRI en 1988, ya que Salinas mandó encarcelar a su más poderoso inquisidor, *La Quina*, del sindicato de trabajadores petroleros, y tuvo buen cuidado de poner a sus propios amigos al frente de la mayoría de los grupos que alguna vez amenazaron con la deslealtad.

La modernización del PRI

En resumen, existen escasas probabilidades de que Salinas lleve al Revolucionario Institucional a entregar el poder de manera voluntaria, ya que su compromiso con la democracia se desvanece si se trata de la derrota del PRI, y el propio partido se opondría a que alguien más ganara las elecciones presidenciales.

Aun si estas dos condiciones pudieran cambiar no resulta del todo claro si Cárdenas, y mucho menos alguien más, podría ganar las elecciones.

Si descartamos el primer escenario, la democratización es posible sólo si el PRI se mantiene en el poder; por ejemplo sólo si el programa de modernización política de Salinas convirtiera al PRI en un partido legítimamente popular que pudiera ganar las elecciones sin fraude.

Para que lo anterior fuera posible son necesarias tres condiciones: 1) que la economía marche muy bien; 2) que el PRI postule a un candidato popular, y 3) que la maquinaria priísta coopere para celebrar comicios limpios. Esto sería lo mejor para México -de hecho la única manera de combinar una economía en

desarrollo y una política totalmente liberalizada- y muy probablemente lo que Salinas pretenda llevar a cabo. Su meta implica riesgos y Salinas se ha estado exponiendo para alcanzarla. Aunque éste es un escenario más probable que el primero, existe la probabilidad de que pierda el juego.

Aunque las políticas económicas con que inició el presente sexenio parecieron riesgosas en un principio, no constituyen la razón de mi punto de vista pesimista. En este momento el panorama económico es variado, pero positivo en lo global. El desarrollo se ha desacelerado desde el último invierno, la inversión extranjera directa está disminuyendo (mientras que dicha inversión en el mercado de valores está en su apogeo), el déficit comercial está aumentando y los precios del petróleo se encuentran por debajo del nivel proyectado.

Sin embargo, estos son problemas manejables y no de crisis, y cuando se enmiende la Ley de Inversiones Extranjeras y se firme el Tratado de Libre Comercio, tal como se espera, la economía muy probablemente entrará en un periodo de auge.

Mi pesimismo se desprende más bien de un dilema político fundamental: ¿cómo puede el PRI producir y elegir un candidato que sea popular y políticamente adecuado de acuerdo con los términos mexicanos?

El sistema mexicano actual, dominado por PRI y el presidente, no da oportunidades para que surjan candidatos populares dentro de este partido. En el PRI todos apoyan al presidente, quien recibe el crédito por todas las buenas obras, y jamás la culpa por las malas.

Dentro de este ambiente es en extremo difícil que alguien pueda sentar bases de apoyo que trasciendan las estrechas filas de la burocracia. Los gobernadores cuentan con mayor oportunidad de hacerlo, pero en la práctica pueden ser destituidos de su cargo a capricho del presidente, si empiezan a desafiar su autoridad. De hecho, se considera que las gubernaturas han sido callejones sin salida desde 1970, cuando el último presidente mexicano que alguna vez fue gobernador terminó su periodo. Por otra parte, ninguno de los estados mexicanos es lo suficientemente grande para dar a su gobernador brillo propio a nivel nacional.

Por lo tanto, los presidentes no pueden evitar elegir a burócratas poco conocidos para que los sucedan en el cargo, y éstos a su vez tratan de *volverse populares* antes de las votaciones. Para ello requieren del gran apoyo que ofrece la maquinaria del PRI. Sin embargo, en el proceso se pierde la democracia, ya que la popularidad (si se logra) se obtiene al precio de la manipulación, la concertación, los sobornos y la intimidación.

No importa qué tan popular sea Salinas, lo único seguro es que no podrá ser candidato en las próximas elecciones presidenciales. De hecho, mientras más popular sea Salinas mayor será su sombra, y más difícil le será a su *destapado* trascenderla, y más necesitará de los *dinosaurios* de la maquinaria del partido para resultar electo.

Una vez que la economía marche bien y se desarrolle, y exista consenso en favor de las políticas que se formulen al respecto, le será posible al presidente mexicano, si es que está dispuesto, iniciar un proceso real de liberalización política. Pero dicho proceso requiere de un grado de libertad al que todavía no se llega en México.

Es necesario estar dispuesto a reconocer el triunfo de la oposición a cualquier nivel que ocurra, sea local o estatal, y estimular una mayor diversidad de opiniones dentro del PRI. Sólo este grado de apertura permitirá que surja un cuerpo de liderazgo elegible *antes* de la selección del candidato presidencial.

Esta no es una reforma que se pueda poner en práctica de un día para otro; se necesita tiempo para que surja un liderazgo legítimo. Pasaron casi diez años para que la liberalización económica empezara a producir resultados, y la liberalización política tomará casi igual tiempo.

Mientras tanto, la política mexicana no ha cambiado tanto como alguna vez aparentó. De hecho, las elecciones presidenciales de 1994 serán una repetición de las de 1988: Cárdenas volverá a la contienda, Salinas elegirá a un técnico para que siga su línea, y éste dependerá de la maquinaria del partido para resultar electo, por un estrecho margen, y por cualquier medio que sea necesario.

Mientras más cambian las cosas, más siguen igual.